ANTONIO RAMOS MARTIN

LA REAL GANA



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

LA REAL GANA

SAINETE

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO RAMOS MARTÍN



Estrenado en el TEATRO CÓMICO el 16 de Junio de 1915

(Caricaturas de Fresno)



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
TELÉFONO NÚMERO 551
1915

A Loreto Prado y a Enrique Chicote, por admiración, por afecto, por... en una palabra, por que me da **la real gana**.

Antonio Ramos Martín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SALUSTIANA (La Bigotes)........	Loreto Prado.
PETRA............	Araceli Sánchez-Imáz.
SEÑOR AVELINO...............	Enrique Chicote.
ROBUSTIANO....................	José Soler.
IGNACIO.........................	Julio Castro.

La acción en Madrid.—Epoca actual

ACTO UNICO

Sala modesta en casa de Avelino. Puertas laterales. Al foro ventana que da al patio. Al foro izquierda una cómoda y sobre ella algunos retratos con marcos, floreros con flores de trapo y un espejo de mano. En el centro un velador, sillas de Vitoria. Es en invierno.

(Al alzarse el telón está sentado en una silla ROBUSTIANO. AVELINO va de un lado para otro dando señales de gran excitación. Es hombre de unos cincuenta años. Lleva pantalón de pana y el mandil propio de los carniceros. Su amigo representa próximamente la misma edad.)

Rob. Vamos, Avelino, tranquilízate, que no es pa ponerse de esa manera.

Avel. Pero, ¿es que tú también vas a defender a ese sinvergüenza, a ese golfo, a ese...?

Rob. ¡Que estás hablando de tu hijo!

Avel. (Con indignación.) Ese ya no es hijo mío; no es dizno quien hace esa ación de llevar el apellido Pérez, por ninguna parte que lo mires. Ná, hombre; que no tié disculpa!

Rob. No te acalores de ese modo, que parece que va a darte algo.

Avel. ¡Que me dé, me tié sin cuidao! ¡Pa las porquerías que ve uno en este cochino mundo!...

Rob. ¡Hombre!

Avel. (Levantando la voz gradualmente.) Sí; cochino, indecente, asqueroso.

Rob. Que van a creer que me estás insultando.

Avel. ¡Que lo crean! Hoy es uno de esos días en que tóo me se da dos pimientos.

Rob. Yo comprendo tu indiznación; pero tóo tié sus límites. Además, lo que ha hecho tu hijo es una cosa propia de la juventud y de la falta de razocinio.

Avel. Mira, Robustiano, no sigamos hablando que va a ser peor. (Pausa.) Pero ¿es que a ti te parece bien que me traiga un nieto sin haberse pasao antes, ni por la Vicaría, ni por la Iglesia? Tóos en mi familia hemos sido padres; mi padre lo fué; mi abuelo lo fué también; pero después de saludar al cura y de oir el vobiscum, y este niño mío, no; se ha pitorreao de la Vicaría, se ha olvidao de la Iglesia y se ha chinchao en el vobiscum. ¿Por qué ha hecho esto? ¿porque le ha dao la real gana?, pues en esta casa no hay más real gana que la mía. ¡Ah! y que no se les ocurra llamarle Avelinito cuando le bauticen, porque le quito el santo de una bofetá. ¡Hay que ver! ¡Un niño de extrangis! ¡Hacer una cosa de esa importancia sin pedir permiso a su padre! ¡Descastao! Críe usté hijos pa que luego le den a uno ese pago.

Rob. Yo me pongo en tu caso y comprendo tóo lo que me dices, y hablando con Inacio, hasta le he afeao su ación; pero es lo que él dice: Esto ya no tié remedio, no lo voy a tirar a la calle. ¿Qué querías tú, que lo hubiera metido en el torno de la Inclusa?

Avel. Entonces sí que lo mato de una paliza.

Rob. A ver... Tu hijo ya no pué hacer más que cargar con el crío y a lo hecho... biberón.

Avel. Me parece que no es esta ocasión pa que te me vengas con chistecitos que no me hacen maldita gracia. ¡Un nieto! ¡Un Pérez de matute! Y hasta serán capaces de que la criatura se parezca a mí.

Rob. En el carázter ná más: se pasa rabiando tóo el santo día. Coge cá perra que deja sorda a la vecindá.

Avel. Pero en el físico, ¿a que también me se parece?

Rob. En ná absolutamente; es rubito, con los ojos muy azules y la carilla muy alegre: igual

que la madre de la Petra: ha salido a su abuela materna.

Avel. ¿La Petra?... ¡Valiente peine!

Rob. No, Avelino, eso no: la Petra es una chica muy buena, muy formal y muy honrá, que ha tenido una distración impensada; pero de ella no tié nadie que decir ni tanto así. Este ha sido un desliz propio de los veinte años, pero que lo está llorando con lágrimas muy salás, y desde que la chica se notó... lo que se notase, se encerró en su casa y nadie la ha visto el pelo. Además, es una muchacha a la que no se la ha conocido más novio que tu hijo: ninguno pué decir que ha gastao una broma con ella, ni se la visto en un baile... en una palabra, es una soltera honrá que ha tenido un hijo.

Avel. (Después de una pausa.) ¿Y de modo que el chico tié ya un mes?

Rob. Entodavía no; no lo cumple hasta el día diecisiete a las cuatro y cuarto de la madrugá.

Avel. ¿Y no lo han bautizao?

Rob. No, porque ellos quieren antes... vamos, si es que tú no te pones cabezota... quieren...

Avel. ¡Acaba de una vez! ¿Qué es lo que quieren?

Rob. Casarse.

Avel. ¡A buena hora se acuerdan de la pístola!

Rob. Y sólo aguardan tu consentimiento.

Avel. ¿Mi con qué?

Rob. ¡Tu consentimiento!

Avel. Vamos, hombre, que se les quite de la cabeza. Antes me hacen picadillo y me venden pa almóndigas. ¿Mi consentimiento? ¿Me lo han pedido antes pa traer un rorro a este mundo? A este agüelo no se le cae la baba con ese nieto. Y en cuanto a mi hijo, que no se haga ilusiones que pa mí como si se hubiera muerto, así que... R. I. P. pa toa su vida.

Rob. Bueno, hombre, bueno; allá tú. Yo ya te he dicho tóo lo que creía que debía decir.

Avel. Y ahora hazme el favor de llamar a Inacio que está ahí dentro y dejarme a solas con él, que antes cuando me dijo... lo que me dijo, no supe contestarle bien y me se han

quedao dentro seis o siete barbaridades, y que si no las suelto, voy a reventar como un triquitraque. Anda, llámale.

Rob. Le llamaré... (Yendo hacia la puerta y volviendo.) Pero no te olvides de que es tu hijo...

Avel. Miá que eres pelma; ya sé que es mi hijo.

Rob. Y no le vayas a pegar, que es ya un hombre.

Avel. ¡Si no le pego!

Rob. Que tú cuando te pones a no saber lo que haces...

Avel. (Con impaciencia.) ¡Y dale!

Rob. Que tóos hemos sido jóvenes y...

Avel. Pero ¿le llamas tú o le llamo yo?

Rob. ¡Voy, hombre, voy! No te arremolines. ¡Gachó, qué genio! (Entra por la puerta de la izquierda. Avelino se pasea por la habitación comiéndose las uñas de rabia. Aparece IGNACIO por donde salió Robustiano. Es un muchacho de unos veinte años; viste como Avelino. Viene cabizbajo.)

Ign. ¡Padre!

Avel. ¡Vaya un papá!... (Yendo hacia él en actitud amenazadora, pero conteniéndose con esfuerzo.) Calma, Avelino, calma; no vayas a dejar huérfana a una criatura.

Ign. (Con humildad.) Me ha dicho el señor Robustiano que me llamaba usted.

Avel. Que te llamaba sinvergüenza. ¿A que eso no te lo ha dicho?

Ign. Me lo ha dao a entender ná más.

Avel. Pues yo te lo digo. (Alza la mano para pegarle, pero lo piensa mejor y se rasca la cabeza Ignacio que ve venir el golpe se tapa la cara con el brazo.) No te asustes que no te voy a pegar.

Ign. Si no me asusto.

Avel. ¿Y cómo teneis al chiquitín?

Ign. ¡Padre!

Avel. ¿Ha echao ya algún diente?

Ign. ¡Padre!

Avel. ¿Te parece a ti bien haberme hecho agüelo en la flor de mi edad? ¿Con qué cara le digo yo ahora un chicoleo a una parroquiana, pa que me conteste que me vaya a destetar al nieto? Responde.

Ign. Yo, padre...

Avel. No te me disculpes, que no me convences;

estarme engañando nueve meses, si es que el chico no es sietemesino.

Ign. (Con cierto orgullo.) Es de su tiempo.

Avel. Ya sabes que yo te venía diciendo que te encontraba preocupao y que más de un capón te he dao por despachar la carne corrida del peso; pero es lo que yo me decía: algún entretenimiento sin consecuencias; pero ¡rediez con el entretenimiento! Y que las consecuencias han sido de las de ama de cría. ¡Yo que creía que eras un santo padre que vendía chuletas! Gachó, padre sí; pero de santo, ni tanto así.

Ign. Mire usté que...

Avel. (Cortándole la frase rápidamente.) Y con mi consentimiento, desde ahora no cuentes. Pa mí ya has acabao; pero ¿cómo? de una vez. Desde este momento estás despedido de mi casa; ya has dejao de ser el dependiente principal; ya no vuelves a cortar ni cuarto quilo de longaniza en mi establecimiento. Ya he hecho bastante sacrificándome por ti tantos años y dándote un oficio con el que puedas ganarte los garbanzos. He hecho lo que debe hacer un padre de verdá, ¡de verdá! ¿Lo entiendes bien? ¡de verdá! Porque pa ser padre de verdá es necesario que cuando nazca un chico le puedan poner en la partida de bautismo un legítimo así de grande. Un hijo natural, será tóo lo natural que tú quieras; pero a mí eso de que un chico pueda coger una perra en la iglesia el día de la boda de sus papás, me resulta muy modernista y muy sicalítico.

Ign. Escúcheme usté un momento.

Avel. (Cortando la interrupción.) Ya sabes que tu padre tié en vez de cabeza un adoquín de los de empedrar las calles y ahora le ha nacido otro en el corazón, y ni con suspiros, ni con lagrimitas, ni con pucheros me vais a ablandar. En esta casa soy el amo y aquí no se hace más que mi real gana. Y hazme el favor de decirme algo, de no estar tan callao, que nesecito que me contestes pa que me des motivo pa decirte más cosas, que hablando solo me se seca la campanilla, me

se hace un estropajo la lengua y me hago un lío y me atarugo. Conque habla.

Ign. (Con energía.) Pues sí, señor, que le voy a decir a usted...

Avel. Tóo lo que quieras, pero pronto..

Ign. Yo estoy en relaciones con la Petra...

Avel. Relaciones ilícitas... i... i... si no que hable el chico.

Ign. Bueno, lícitas o ilícitas, el caso es que estoy en relaciones con una mujer y que tengo un hijo, y que será tó lo natural que usté quiera, pero que al fin y al cabo es un hijo, y usté que ha dicho hace un momento tóo lo que se ha sacrificao por mí, comprenderá que yo estoy en el mismo caso, que tengo que trabajar pa que no le falte nada, pa criarle lo mejor que se pueda, pa darle una educacion y pa enseñarle un oficio que le haga el día de mañana un hombre de provecho. (Varias veces intenta Avelino inútilmente interrumpirle, dando señales de gran impaciencia.) Y como su madre, es decir, la Petra, es muy honrada y sé que me quiere con toda su alma, debo de hacerla mi mujer y vivir con ella como Dios manda. (Cada vez con más resolución y más energía.) Estas cosas las he de conseguir a fuerza de fuerzas, y ya que usté me echa de su casa, a otra carnecería me voy, y si allí no estoy considerao como el hijo del dueño, lo estaré como el criao del amo, y barreré la tienda, y fregaré los cristales, y despacharé como cá hijo de vecino, y si no puedo vivir en un principal, viviré en la guardilla, y si no como chuletas, comeré patatas toda mi vida, y si me falta tabaco, me chuparé el dedo; pero yo me caso, me caso y me caso.

Avel. (Pegando un puñetazo en la mesa.) Tú, tú; echa el freno, que te se sale el trole, y que yo te he dicho que me dijeras algo, pero no que me echaras un discurso. Ni te vas de mi casa, ni friegas cristales, ni agarras la escoba,, ni comes patatas, ni te chupas el dedo; pero tampoco te casas, porque a tu padre no le da la gana.

Ign. (Con energía.) Eso sí que no; yo me caso.

Avel. ¡Quiá!

Ign. ¡Que sí, señor!

Avel. (Incomodado.) Di conmigo que nones.

Ign. Yo he dicho a una mujer que me caso y soy un hombre que cumple su palabra.

Avel. Mira, Inacio, no me alces la voz, que eres mi hijo.

Ign. Es que yo estoy defendiendo al mío.

Avel. Que te hablo por tu bien.

Ign. Y yo por el de él.

Avel. Aquí no hay más padre que uno, que soy yo y que te mando que no te cases.

Ign. ¡Y yo por primera vez en mi vida le tengo que desobedecer a usté!

Avel. (Fuera de sí.) Mira, Inacio, que si te doy una bofetá te meto en el tabique.

Ign. ¡Y salgo del tabique pa casarme!

Avel. ¡Inacio! (Con verdadera cólera.)

Ign. ¡Padre!

(Avelina se abalanza sobre Ignacio al tiempo que aparece ROBUSTIANO por la izquierda.)

Rob. Pero ¿es que sus habéis vuelto locos o que queréis que se entere toa la vecindad de lo que aquí pasa? ¡A callar tóo el mundo!

Ign. Yo ya no digo ná. (Se sienta en un extremo de la habitación, ocultando la cara entre las manos.)

Avel. Pues yo digo..

Rob. Tú tampoco debes decir, que ya has hablao bastante.

Avel. Dos palabras na más y me bajo a la carnecería. (Se acerca a Ignacio y le pone una mano en el hombro.) Oye, Inacio: tú ya conoces a tu padre; a buenas, donde quieras; pero a malas, hago lo que los borricos: meto la cabeza entre las patas y no hay quien me haga andar, y si a mano viene arreo un par de coces.

Rob. Así me gusta, que te conozcas.

Avel. Bueno, pues ya sabes lo que te he dicho: si sigues emperrao en casarte contra mi voluntad, yo pa ti y pa tóos los tuyos como si me hubiera muerto; le pones al niño un quiquiriquí negro y sanseacabó. Y no digo más Piénsalo bien y decídete de una vez. Conque lo dicho, dicho. Y te agradeceré que si te vas a ir, te vayas pronto. (Ocultando la gran emoción que siente.) Y si no estás aquí

cuando yo suba, mejor. Tu cariño me importa un pimiento... menos aún, un rábano... menos todavía, un comino. (Se va por la derecha para ocultar una lágrima que se le quiere escapar.)

Ign. (Señalando, despues de una pausa, con gran tristeza hacia la puerta por donde salió el señor Avelino.) ¡Señor Robustiano!

Rob. ¿Qué hay?

Ign. ¿Ha visto usté?

Rob. Y le he oído.

Ign. ¡Cómo me ha puesto!

Rob. Como un guiñapo.

Ign. Y yo que creí que no iba a ser más que el pronto.

Rob. Pues ha sido el pronto y el tarde. Yo he hecho cuanto se puede hacer por un amigo; pero ¡rediez! no creí que se iba a poner como se ha puesto.

Ign. Es mucho genio el de mi padre.

Rob. ¿Y ande está la Petra?

Ign. En el piso de abajo, en casa de la señá Antonia; la dije que me esperase, que yo la llamaría después de hablar con mi padre y de contárselo tóo. Tenía pensao que cuando se fuera ablandando se presentasen la madre y el hijo; pero gachó, si se llegan a presentar se los come.

Rob. ¡No esageres!

Ign. Si se ha puesto como una furia.

Rob. Tú lo que vas a hacer ahora es llamar a la Petra, que me se ha ocurrío una cosa pa arreglarlo tóo.

Ign. Vamos, hombre, usté no está bueno. ¿La Petra aquí? ¿Pa que suba mi padre y se arme la gorda?

Rob. Si no haces lo que te digo, doy media vuelta y allá os las arregleis vosotros.

Ign. (Casi suplicante.) ¡No, eso no!

Rob. Pues llámala.

Ign. ¡Que usté es el responsable!

Rob. Lo soy.

Ign. (Va hacia la ventana pero al ir a abrirla se detiene.) Aquí lo malo es si ha venido con ella la señá Salustiana, su hermana la mayor, que ya sabe usté el genio que tiene y como se

entere de que mi padre no quié que yo me case con la Petra, es muy posible que haiga una catástrofe.

Rob. No será tanto.

Ign. Usté no conoce a la señá Salustiana, la bigotes, es una mujer que en la plaza de la Cebá tié asustaditas a todas las verduleras, y los guardias la saludan con el casco como si talmente fuera Alanís. Es una fiera que en diciendo allá voy, no hay na que la detenga. Tié un genio que ríase usté del de mi padre y si se encuentran y se lían de palabras... no quedan ni las piltrafas.

Rob. Tú llama a la Petra; que ya te he dicho que me se ha ocurrido la manera de arreglarlo.

Ign. Pero, ¿y si está la hermana?

Rob. ¡Mejor!

Ign. Es que...

Rob. Llámala te he dicho.

Ign. Allá usté. (Abre la ventana y se asoma después de alguna vacilación.) ¡Señá Antonia! ¡Señá Antonia!

Voz (Dentro.) ¿Qué quiés, Inacio?

Ign. Que diga usté a la Petra que ya pué subir.

Sal. (Con voz muy desentonada.) En seguidita vamos.

Ign. (Cerrando la ventana de golpe.) ¡Reconcho! La hermana. Ahora sí que la hemos hecho, señor Robustiano. ¡Esa mujer aquí!

Rob. No te apures, hombre.

Ign. Pero, ¿qué es lo que quié usté hacer? Que yo lo sepa.

Rob. ¡Que hablen con tu padre!

Ign. ¡Con mi padre! ¡Usté quié que mañana salgamos toos retrataos en los papeles!

Rob. Lo que yo quiero es que te calles y na más.

Ign. Pero...

Rob. ¿Tú te fías de mí?

Ign. Sí, señor.

Rob. Pues entonces a obedecer.

Ign. Es que yo... (Suena la campanilla.) ¡Ya están ahí!

Rob. Corre a abrir.

Ign. En seguida. (Vase por la derecha.)

Rob. ¡Vaya si los arreglo!

Sal. (Dentro.) Vamos, chica, ¿entras o te doy dos bofetás?

Ign. (Dentro.) Entra que estamos solos.

Sal. Pero, ¿quiés pasar, so pánfila? (Aparecen SALUSTIANA, PETRA e IGNACIO. Petra entra en escena a impulsos de un empujón. Salustiana es mujer de unos treinta y cuatro años, tiene cara de pocos amigos y en el labio superior la sombrea un bigote más que regular. Viene desgreñada y con la cesta de las verduras al brazo. Su hermana por el contrario es una muchachita tímida, que no levanta los ojos del suelo. Trae mantón y tapado con él un niño en pañales.)

Petra Buenos días.

Sal. Muy buenos. (Dejando en el suelo la cesta de las verduras.)

Rob. (A Petra.) ¿Qué hay, mujer?

Petra (Gimoteando.) ¿Qué quié usté que haya? Si he oído to lo que decía el padre de éste; como hablaba a gritos se le entendía perfectamente. ¡Ya ve usté lo que piensa de mí! ¡Cree que soy una de tantas! ¡Una perdida! (Echándose a llorar con gran desconsuelo.)

Rob. Vamos, Petra.

Ign. No llores, mujer.

Sal. Cállate y no me inrites más, que ya tengo la sangre achicharrá, la hiel revuelta y el veneno que me ahoga y como me se acaben los dos cominos de paciencia que Dios me ha dao, y como me olvide de que soy una señora, antes de diez minutos han enarenao las calles pa sacar la Guardia civil.

Ign. ¡Por Dios, señá Salustiana!

Sal. ¡Qué señá Salustiana, ni qué carabina! ¿Crees tú que lo que pasa es pa echar un discurso? No, señor, es pa gritar, pa chillar, pa alborotar y pa empezar a tortas, a cachetes, a bofetás, a mordiscos, a capones y a moquetes con toa la humanidad.

Rob. Pero, ¿me quiere usté oir?

Sal. Ahora, no; cuando me desahogue un poco, que si no reviento Y cuando yo coja al padre de éste, le agarro así por las solapas, (Cogiendo a Robustiano.) y le digo: Oiga usté, so tío salchichero, ¿es que cree usté que por su cabezoná se va a quedar una mujer sin marido y un padre sin hijo? ¡Quiá, hombre, aquí está Salus, la bigotes, pa evitarlo y

aunque no tengo educación sé de cosas de caballería mucho más que algunos que presumen de caballeros, y si usté es carnicero, yo soy verdulera y a mucha honra y si usté vende chuletas, yo las reparto gratis y soy más fresca que esta lechuga (Cogiendo una de la cesta.) y sé acordarme de los ajos cuando hace falta. (Con una ristra de ellos.—A Petra.) Y tú, ¿dejas de llorar o te planto los cinco dedos en la cara?

Ign. Pero...

Sal. (Con intención de pegarle.) Y a ti también.

Rob. Mujer es que...

Sal. (Idem.) Y a usté, ¿qué hay?

Rob. Nada.

Sal. Creí que había. (Se sienta, mejor dicho se deja caer en una silla.)

Rob. Sí que tiene usté un geniecito...

Sal. Es que no dejo que me tome nadie el flequillo y si no que se lo diga a usté el guardia de Orden público 3.418 que hoy día tie tres agujeritos en la nariz, en vez de dos que tenemos las demás personas. El tercero se lo hizo una servidora. Y al municipal 12.148, porque me dijo que retirara el puesto, le aticé el otro día un patatazo que le ha salido un chichón que le hace llevar el casco de costadillo y así le podía citar a usté noventa casos. Me llaman Salus la bigotes por esta miaja de bello que me ha salido en el labio de arriba; bueno, pues éste me juego, a que ésta se casa con éste o a que se cierra una carnecería por defunción del dueño, de los dependientes y de los parroquianos.

Ign. (A Robustiano.) ¿Ha visto usté?

Rob. (¡Cállate!) Pues les he llamao a ustés porque quiero que esto se arregle amistosamente, sin gritos, sin escándalo...

Sal. Le advierto a usté que a mí lo mismo me da arreglarlo a trastazos.

Petra ¡Salús, por Dios! (Gimiendo.)

Sal. (Remédándola.) ¡Salus, por Dios! Parece mentira que seamos hermanas.

Rob. Usté me deja que lo arregle yo.

Sal. Igual me da.

Ign. Pues usté dirá qué es lo que tenemos que hacer.

Rob. Vereis. Tu padre, aunque a primera vista parece bruto...

Sal. ¿A primera? Y a segunda y a tercera y a cuarta.

Petra ¡Por Dios, Salús!

Sal. Siga usté.

Rob. El señor Avelino es un pedazo de pan.

Sal. ¡Un pedazo de pan!

Rob. Sí, señora.

Sal. Pero no se olvide usté de que el pan puede ser de muchas clases: una alcachofa de Viena, un cacho de rosca, un mendrugo o un zoquete y eso es el señor Avelino, un zoquete que pa meterle el diente hay que hacerle migas.

Rob. O rallarlo y de esto me encargo yo.

Ign. ¿Cómo?

Rob. Pues muy sencillo. Haciendo na más que lo que yo os diga.

Petra Tóo lo que usté nos mande.

Rob. (A Ignacio.) Tú bajas ahora a la carnecería y le dices que suba que le están esperando dos caballeros pa hablarle de un asunto reservao y muy urgente, y ustés, (A Petra y a Salus.) cuando llegue, le reciben muy afeztuosas y le dicen que vienen a tranquilizarle porque ésta ya no se quié casar con su hijo.

Petra (Con gran extrañeza.) ¿Qué dice usté?

Ign. (Idem.) ¡Señor Robustiano!

Sal. ¿Y era así como iba usté a arreglar este asunto? ¿Arreglar? Ni un par de botas arregla usté.

Rob. (A Ignacio.) Tú haz lo que yo te digo, que de lo demás me encargo yo.

Ign. ¿Pero?...

Rob. ¡Ah! Y cuando vuelvas, después de entretenerte como una media hora, le dices que lo has pensao y que ni atao te casas.

Sal. Pues sí que es usté un tío pa arreglar matrimonios.

Ign. Yo no le digo eso.

Petra ¡Pero señor Robustiano!

Sal. ¡Sí que debía usté poner una agencia de matrimonios!

Rob. No amontonarse y hacerme caso. Tu padre es muy terco y muy amigo de llevar la contraria a tóo el mundo. Basta que digas blanco pa que él diga negro, y yo estoy seguro de que en cuanto le digais que no os quereis casar, os lleva de una oreja a la iglesia y hasta le pega al cura si no os echa la bendición en seguida.

Ign. Usté cree...

Rob. Estoy segurísimo. Le conozco hace muchos años.

Petra Pero, y si...

Rob. Anda, baja, Ignacio.

Sal. Sí, hombre, que si esto falla, ya diré yo cómo lo vamos a arreglar.

Ign. ¿Y no le digo ná más?

Rob. Ná más.

Ign. Bueno... (Besa al chico.) Hasta luego. Pero yo no creo...

Rob. ¿Quiés bajar de una vez?

Ign. Voy, voy. (Vase, por la derecha, dudando del éxito dela conferencia) ¡Me parece a mí!...

Sal. (A Robustiano.) Y nosotras. ¿Qué es lo que tenemos que hacer?

Rob. Usté nada. Esta dejar esa cara de monja boba y poner una así como de heroína de Zaragoza.

Petra Yo...

Sal. ¿Quié usté que sea yo la heroína?

Rob. No, ésta. Aquí se trata de representar una comedia pa el bien de tu hijo.

Sal. ¡Una comedia! Yo he trabajao dos veces en funciones de aficionaos y me pinto sola pa hacer dramas.

Rob. No, aquí sólo se trata de que haga ésta too lo que yo la mande.

Petra Yo... no sé si sabré.

Rob. Pues ties que guardarte las lágrimas en el bolsillo del delantal y mirar al señor Avelino frente a frente sin achicarte.

Sal. Eso; ¡y si te quié pegar le atizas una patá en la espinilla!

Rob. No, mujer, no hay que ponerse en lo peor. Ya está ahí el señor Avelino.

Petra (Asustándose.) ¡Ay!

Sal. (Decidida a todo.) ¿Dónde?

Rob. No es más que un ensayo.

Petra ¡Ah!

Sal. Yo también me lo había creído.

Rob. Se indiznará; tal vez que te diga algo feo; no será estraño que le llame algo denigrante al chico, pero tú te creces, le sueltas too lo que te se ocurra para acabar diciendo que ya no quiés casarte con Inacio, que es muy poco pa ti y que se lo guarde en una cajita con dos bolitas de naztalina. Esto de la naztalina no te se olvide, que le hará mucho efezto.

Petra ¿Y ná más?

Rob. Ná más. Ya lo sabes; no te achiques; habla tóo lo que puedas, dos o tres gritos a tiempo, pegas unos cuantos puñetazos en la mesa y lo de las bolitas como final. Si lo haces así, antes de un mes eres la señora de Pérez.

Petra Yo veré si me salen todas esas cosas.

Sal. ¡Quiá! Seré yo la que tome la palabra y le diga tóo lo que ha dicho usté y algo más de mi cosecha.

Rob. ¡Ya está ahí! (Prestando atención hacia la puerta.)

Petra ¡Ya! (Con mucho miedo.)

Rob. (Marchándose de puntillas hacia la izquierda.) ¡Carácter, Petra, carácter! y usté, Salus, prudencia, mucha prudencia.

(Vase Al poco tiempo aparece AVELINO, que se queda sorprendido.)

Avel. ¡Petra! ¡Salustiana! ¿Ustés aquí?

Petra Sí, señor; nosotras.

Sal. Nosotras y éste. (Enseñando el niño.)

Avel. ¿Eso es un niño o media vara de salchicha blanca?

Sal. Es un niño, pero que le ha dao por salir a la familia de su papá.

Avel. (Conteniéndose.) ¿Y a qué han venido ustés?

Petra Yo, a hablar con usté.

Sal. (Por el niño.) Y éste, que se ha empeñao en conocer a su abuelito.

Avel. ¿Y se pué saber qué se les ha perdío a ustés en esta casa?

Sal. A ésta, un marido; a éste, un papá; y a mí, ná, vengo por cotillear.

Avel. Pues ese padre y ese marido...

Sal. Déjela usté hablar, luego contesta usté y después reztifico yo, lo mismo que si estuviéramos en el Congreso de los deputaos. Siéntese usté. (Sentándose ella.)

Avel. Estoy bien así.

Sal. Se va usté a cansar, porque la conversación es pa largo. Siéntate, chica. (Obliga a Petra a sentarse.)

Avel. (Sentándose también.) Me sentaré; pero despache usté cuanto antes, que tengo muchas cosas que hacer.

Sal. Anda, chica; ya pues empezar.

Petra Pues verá usté. (Empieza a llorar.)

Sal. Lagrimitas, no, hija, y como si empiezas con pucheros ese señor no se va a enterar bien, peroraré yo más claritamente que el agua de fregar y allá va. Usté, de seguro habrá pensao: Esta vie a suplicarme y a llorar, y no hay ná de eso; mi hermana es una mujer con diznidá, que no quié de limosna ni la honra de tener marido. Le conozco a usté y sé que, al saber que Inacio se quería casar con ésta, ha echao usté las patas por alto, y usté perdone que llame así a eso conque anda usté, pero no encuentro otro nombre más a mano y como se le ha metido a usté entre las virutas del piso alto que Inacio no se case con la Petra, no se casará y él se quedará al lao de su padre y esta criatura al de su madre y muy satisfecha de no tener papá, porque pa tenerlo como el de Inacio, más vale no tenerlo, créame usté a mí.

Avel. (Levantándose indignado, después de haberlo intentado tres o cuatro veces durante el parrafo anterior.) Ha de saber usté...

Sal. (Interrumpiéndole) En seguida acabo. Usté no se ha enternecido al saber que era usté ya agüelo. ¿Qué le vamos a hacer? Nadie tié la culpa de que en vez de corazón le haya puesto Dios un pedazo de asfalto.

Avel. Ya no aguanto más; paso por que llame usté patas a esto que pa mí son piernas, aunque alguna vez han dado una coz, y virutas a lo que yo creo que son sesos, porque más de una vez han pensao barbaridades; pero

de mi buen corazón nadie tié que decir ná y...

Sal. (Sentándole violentamente). Déjeme usté acabar; ya no tengo que decir más que una cosa pa tranquilizarle a usté. Usté no quié que Inacio se case con la Petra, pues ha llegao usté tarde, porque la Petra es la que no quié casarse con él.

Avel. (Con verdadera sorpresa.) ¿Que no quié usté casarse con Inacio?

Petra No, señor.

Avel. ¿Por qué?

Sal. Porque no la da la real gana. Conque ya está usté tranquilo, ya tié usté a su niño solterito y en estao de que venga una señora de la aristocracia, se enamore de ver cómo parte la ternera de morcillo y se lo robe a usté una noche en automóvil. ¡Ah, y cuídele usté mucho y guárdele en una cajita de peluche con dos bolitas de naztalina, un poco de alcanfor y cuatro o cinco granitos de pimienta pa que no se apolille, que sería una lástima que le saliesen agujeritos!

Avel. (Con verdadera indignación.) ¿Con naztalina mi hijo? ¿Inacio en alcanfor y con pimienta? ¡Es usté una señora, que si no!

Sal. ¿Qué iba usté a hacer? (Creciéndose y desafiando a Avelino con la mirada.)

Avel. Que está usté hablando con un hombre que tiene pelos en la cara.

Sal. (Cogiéndose el bigotudo labio.) También los tengo yo y con guías pa arriba.

Avel. ¿Pero es que me van ustés a dejar a mi hijo soltero y con un hijo... es decir, (A Petra.) se va usté a quedar?...

Petra Sí, señor; soltera y con un hijo.

Sal. Y a mucha honra.

Avel. ¿Se han creído ustés que en esta casa no se va a hacer más que lo que a ustés les dé la gana?

Sal. ¡Usté lo ha dicho!

Avel. Eso lo veremos. (A Petra.) Usté se casará con Inacio.

Petra No, señor.

Sal. Ha dicho que no.

Avel. ¡Y yo digo que sí! ¡Usté se casa con él y será usté mi yerna, como ese mi nieto!

Petra Que no me caso.

Avel. A testarudo no me gana nadie.

Sal. ¡Ni a ella tampoco!

Avel. (A gritos.) ¡Señá Salustiana!

Sal. (Idem.) ¿Qué hay, señor Avelino? (Avelino se contiene y se da un paseo por la habitación. A Petra.) ¿Te parece que le pegue pa dar más verdá a la escena?

Petra ¡Salus, por Dios!

Avel. (Encarándose con Salustiana.) ¿Por qué no llevará usté pantalones?

Sal. ¡Los llevo, y con entredós! (Levantándose las faldas.)

Avel. ¡Si fueran de pana!...

Sal. ¡Pues si los de usté fueran con puntilla!...

Avel. ¿Qué me iba usté á hacer?

Sal. Chato de un puñetazo.

Avel. ¡Miau!

Sal. ¡Zape!

Avel. ¡Qué ejemplo está usté dando a esa criatura! (Por el niño que lleva Petra.)

Sal. Pa eso es mi sobrino.

Avel. ¡Sí que es usté una tía!

Sal. ¡Yo tía!... ¡Ay, que me da!... ¡Que me da!... (Se avalanza sobre Avelino y le echa las manos con intención de sacarle el pellejo a tiras; pero de pronto se deja caer en una silla presa de una pataleta, que sólo le sirve para pegar a Avelino.)

Petra ¡Ay, mi hermana!

Avel. ¿Qué le pasa?

Petra ¡El ataque! Téngame usté el niño. (Le da el niño.)

Sal. ¡Ay, ay, ay, ay!

Rob. (Que sale por la izquierda.) ¿Qué pasa?

Avel. Na; a ésta que le ha dao el arrechucho. (Salustiana sigue en plena pataleta, rodeada de Robustiano y Petra.)

Petra Paece que se tranquiliza.

Rob. Pero, ¿por qué ha sido?

Avel. Porque hemos disputao. ¿Querrás creer que no quié casarse la Petra?

Rob. Yo lo arreglaré.

Petra ¡Salus! ¡Salus!

Avel. Llevarla pa dentro, acostarla en mi cama y la haceis que huela un poco de vinagre.

Petra Sí, eso es lo mejor.

Rob. Pues ayúdame.

Avel. (Por el chico.) Yo ahora no puedo. (Entre Petra y Robustiano se llevan a Salustiana.)

Sal. (A Robustiano.) Me ha faltao tanto así pa dejarle tuerto. ¡Por éstas! (Vanse los trés: Salustiana presa todavía del ataque.)

(Vanse Salustiana, Petra y Robustiano. Avelino queda en escena con el chico.)

Avel. (Desde la puerta.) Hacerla una taza de tila, de té o de cualquier cosa pa los nervios. En la cocina tenéis de tóo. (Al niño.) Sí que tiés una tía de caballería. ¡Gachó qué genio! (Mirando embobado a la criatura.) ¿Y decía Robustiano que no me se parecía? No hay más que verle; es un Pérez, sin duda de ningún género. Tié una cara de carnicero que asusta. (Mira con embeleso al niño.) Ya te estoy viendo con tu delantal blanco, con las mangas de la camiseta remangás y con el cuchillo grande partiendo tres cuartos de kilo de lomo bajo y pellizcando a una cocinera de casa grande. Sí, soy yo, tu agüelo, Avelino. (Pausa.) Y se ríe así como si fuera de mí. Este gesto que acaba de hacer es de la familia, de mi tía Asunción. (Se levanta y se dirige a la cómoda, de donde coge el espejo. Luego se sienta en una silla al lado del velador en donde coloca el espejo.) Esta nariz es ésta, clavá. (Mirando alternativamente la del niño y la suya.) Y este hoyito, éste... esazto. (Indicando uno de la barbilla.) ¡Ríete, Avelinín! (Le hace «ajito» y a continuación se lo hace a sí mismo delante del espejo.) Hasta en la manera de sonreirse se me parece. Y esto en el exterior, que en el interior, vaya usté a saber las cosas que tendremos parecidas. Me apuesto cualquier cosa a que tié un lunar en la parte de atrás de la cadera de la derecha. Lo tenemos tóos los Pérez machos. Yo no me quedo con la duda.

(Vuelve al chico de espaldas sobre sus rodillas e intenta separarle las mantillas para salir de dudas al tiempo que aparece IGNACIO por la derecha.)

Ign. ¿Qué hace usté?

Avel. Aquí con tu hijo, viendo a ver una cosa...

Ign. ¡No tié na de extraño; es tan chiquitín!

Avel. Si lo que miraba era a ver si tenía el lunar de la cadera.

Ign. Ya lo creo, y tan grande como una lenteja, mal comparao.

Avel. (Con satisfacción.) ¡Si lo sabía yo!

Ign. ¿Y ha visto usté a la Petra?

Avel. Sí, señor, que la he visto; y a la Salus.

Ign. ¿Y qué le han dicho a usté? ¿Les ha dao usté muchos gritos?

Avel. Tos los que me ha dejao dar, porque no creas que tu futura cuñada es de las que se quedan atrás.

Ign. Pues ya no tiene usté por qué tomarse más disgusto; he hecho lo que usté me ha aconsejao, pensarlo bien, y he decidido... no casarme con la Petra.

Avel. (Con gran sorpresa.) ¿Qué dices?

Ign. Lo que usté oye: que no es usté dizno de que yo le dé más disgustos, y que no me caso. (Acercándose cariñosamente a su padre.)

Avel. (Separándole.) ¿Que no te casas, dices ahora? ¿Y eres capaz, mal hombre, de dejar a una mujer abandoná y a un hijo sin padre? ¿Son estos los ejemplos que has visto en tu casa? Si yo hubiera pensao lo mismo que tú, a estas horas andarías cogiendo colillas y comiendo el rancho a las puertas de los cuarteles. ¡Vaya un padre y una madre! ¡Siquiera por esta pobre criatura!

Ign. Pero yo...

Avel. Cállese usté. (Asomándose a la puerta.) ¡Petra! ¡Robustiano!

Ign. ¿Pero estaban ahí?

Rob. (Que sale con Petra.) Ya la tiés convencida y y dispuesta a casarse en cuanto tú se lo mandes.

Avel. Si ahora es él quien no quiere.

Petra ¡Inacio!

Rob. ¡Hazlo por tu padre!

Ign. Yo, si usté se empeña...

Avel. Os tenéis que casar porque me da la realísima gana.

Ign. ¡Petra!

Petra ¡Inacio!

Avel. (Dirigiéndose al chico que tiene en brazos.) Ya lo sabes, Avelinín; esto se lo tiés que agradecer a tu abuelo.

Sal. (Que ha salido un momento antes sin que le viera Avelino.) Y a tu tía, Salustianito.

Avel. ¡Avelinito!

Sal. ¡Salustianito!

Avel. ¿Y ya se ha puesto usté bien del todo?

Sal. Sí, señor.

Avel. Pues ha de saber usté que éstos se casan porque a mí me da la real gana. ¿Lo oye usté? ¡Y vivirán aquí!

Sal. ¡Y yo con ustés!

Avel. ¡No!

Rob. (A Petra y a Ignacio.) Ya veréis cómo soy el padrino de la boda. (En voz alta.) ¡No, hombre, que no os empeñeis, que no quiero, ea.

Avel. ¿Qué dices, Robustiano?

Rob. Que éstos están empeñaos en que yo sea el padrino de la boda y a mí no me da la gana. ¿Lo oyes? No me da la gana.

Avel. (Dándole el chico a Petra.) Toma tu hijo. (Acercándose a Robustiano.) Pero, ¿tú qué dices, que no te da la gana de ser el padrino?

Rob. (Con energía.) ¡No, señor!

Avel. Ni falta que hace. Yo soy el padrino de la boda y el del bautizo, y el agüelo y el suegro, tóo en una pieza.

Sal. Y yo la madrina, la tía y la agüela, y a éste, (Cogiendo el chico.) puesto que es chico, usté le enseñará a despachar filetes; pero de la primera chica me encargo yo, y voy a hacer de ella una verdulera que va a meter en un puño a toos los guardias de Madrid.

Petra ¡Inacio!

Ign. ¡Petra! (Abrazándose.)

Sal. Y toos a obedecer al agüelo primero que a nadie..

Y en la casa se hace sólo
lo que a usté le dé la gana.
Y aquí terminó el sainete,
perdonad sus muchas faltas.

TELON

Obras del mismo autor

Pasacalle, sainete lírico madrileño, en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo). (1)

Calabazas, entremés cómico-lírico en prosa, original, música del maestro Chapí.

La joroba, cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapí. (1)

El incierto porvenir, comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición).

Los niños de Tetuán, pasillo cómico-lírico-taurino en un acto, dividido en cuatro cuadros y un intermedio, en prosa, original, música de los maestros Torregrosa y Calleja.

El sexo débil, sainete en dos cuadros y en prosa, original. (Cuarta edición).

La cocina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

La Redacción, sainete en un acto y en prosa, original.

El ama seca, zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros. original y en prosa, música del maestro Calleja.

El mejor de los mundos, entremés en prosa, original.

¡Que nos entierren juntos! entremés en prosa, original.

El entierro de la sardina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

La afición, sainete en un acto, dividido en dos cuadros, original.

La real gana, sainete en un acto y en prosa original.

---

(1) En colaboración con D. Miguel Ramos Carrión.

Precio: UNA peseta